

“Introducción”

p. 1-4

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: (día mes año)

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html (corresponde con la página donde se aloja la publicación digital)

Los datos correspondientes a la fecha de la publicación en línea y a la liga serán puestos por la persona responsable de publicar el material en el sitio web.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCION

Debo advertir que sentí desde mis años de colegial un profundo respeto por Pereyra. Cuando siendo estudiante de primero de Secundaria, y por primera vez en mi vida tuve en mis manos un libro de don Carlos —su *Breve Historia de América*— sentí que mis ojos se abrían a la contemplación de un mundo nuevo.

Aquello para mí equivalía a una revelación; no me atrevía a refutar lo más mínimo de la obra de mi nuevo maestro; es más, me parecía que sus juicios eran incontrovertibles. Cuando la inquietud me fué llevando de obra en obra, a través de todo el pensamiento de Pereyra, ya me había emancipado de mi primera convicción.

La carrera de Pereyra puede definirse como un anhelo constante de rectificación. Hombre de una honradez inmensa y de un desinterés ejemplar, dedicó media centuria a la investigación de la historia americana. La historia de América envuelta en un manto de fábulas, de prejuicios y de mala fe, fué rescatada en gran parte por don Carlos. ¿Pensó que a medida que los años pasaban su sentido crítico se afinaba más? Indudablemente esa ha de haber sido su íntima convicción.

¿Pero hasta qué punto Pereyra acertaba? Probablemente no hay en América un hombre que haya hecho un estudio más completo sobre el proceso histórico americano y la influencia de España y Portugal en los pueblos de Iberoamé-



I N T R O D U C C I O N

rica. Declaro ingenuamente que su *Breve Historia de América* es tal vez la mejor síntesis de historia que existe sobre el tema. Ahora bien, el hombre actuaba en el campo intelectual poniendo en el debate todas las energías de un combatiente. Era enemigo de la calma, no conocía el reposo ni la quietud de los contemplativos. Irguió sobre un terreno de prejuicios su soberana figura de caballero andante, en servicio de lo que él consideró justo. Pero Quijote al fin, humano, completamente humano, auténticamente hombre tuvo que haber incurrido en muchísimos errores.

Se había educado en México y vivió sus primeros años de historiador, respirando la atmósfera antiespañola del siglo XIX mexicano y de los principios del nuestro. Sin ser precisamente un adversario de España, tenía fuertes prejuicios contra su obra colonizadora. Pero descubría en medio de la niebla los perfiles de esa gran nación y empezaba a cantar su epopeya.

Cuando el hombre pasó a Europa, su hispanidad en ciertos evolucionó hasta llevarlo a la espléndida culminación en que lo vio el mundo culto. En su afán de restaurar lo que él creía lo auténticamente español, miró lo anglosajón a través de un prisma de prejuicios.

Y cuando el hombre abordó el tema de las biografías americanas, reivindicó figuras como la de Francisco Solano López y la de Manuel Rosas, pero parece no haberse sentido conmovido por la santidad laica y la grandeza de José Martí, por la excelsitud de Eugenio María Hostos y apenas si vislumbra los gloriosos destellos de la iberoamericanidad de Lucas Alamán.

De una gran sutileza en algunos tópicos históricos, don Carlos muestra una gran incompreensión en otros. Su crítica abordó con gran profundidad y extensión ciertos aspectos de la historia de América y de España, pero a través de toda su obra se notan lagunas enormes. ¿Esto menoscaba sus méritos de investigador? De ninguna manera. Actuó solo, completa-



I N T R O D U C C I O N

mente solo, en una obra de reivindicación, y era natural que hubiera sufrido no pocas equivocaciones.

Un día me dijo Vicente Magdaleno, que Pereyra en estricta justicia no era un historiador, sino un peleonero disfrazado de historiador. Tenía razón en parte, porque si don Carlos Pereyra tiene páginas que no hubieran deshonrado a un Leopold Von Ranke, en cambio a veces deja la pluma del historiador, para tomar la armadura del caballero andante y coger entre las manos el lanzón del combatiente.

¿Pudo alguien, abordando una tarea de las proporciones de la obra de Pereyra, haber incurrido en menos errores, haber sido más ponderado, más ecuaníme y ecléctico? Tal vez sólo hubo un hombre, el propio Pereyra, si no hubiera visto el fenómeno americano casi exclusivamente desde el mirador de Europa.

Para Pereyra no ha habido crítica serena, se le admira o se le odia, se le acepta o se le condena sin apelación. Tiene la enorme virtud de encender las pasiones del lector hasta el paroxismo y es preciso juzgarle colocándose por encima de toda bandería.

Hay una cosa singular: don Carlos es uno de los valores culturales universales que más se desconocen en su propia patria. En México no se le ha juzgado, sino que lo han prejuzgado. Y lo más grave es que admiradores y detractores, han contribuido a falsificarlo.

Hace falta entonces una obra que no sea un puro panegírico, pero que tampoco se concrete a la acumulación de reproches y dicerios. A los que frente al Pereyra de la madurez caen arrodillados en actitud admirativa, que no mira sino puros aciertos en sus aseveraciones, hay que recordarles las palabras de este hombre eminente cuando juzga a uno de los más grandes políticos de México: *“por su grandeza, merece investigaciones que hagan indemne su memoria a los intentos de adulteración histórica. Debe ser discutido antes de que su glorificación cristalice en formas de admiración mis-*



I N T R O D U C C I O N

tica". Y volviendo a Pereyra, cabe decir que precisa analizarlo, juzgarlo, ponderarlo, para que pueda ser valorado en toda su significación por muchos de los que ahora lo condenan sin someterlo a juicio.

No creo haber penetrado en todos los rincones de la obra de don Carlos, pero sí aspiro a juzgar a grandes rasgos aspectos fundamentales de su obra creadora. He llegado a pensar, si no sería conveniente esperar más tiempo para profundizar mejor en el tema que hoy doy a la luz acaso prematuramente ¿Pero después de algunos años de mayor investigación no llegaría quizá a la misma conclusión? ¿Mantendría la misma inquietud que hoy siento por el tema?

Si sobre su vida en México me faltan no pocos datos, ¿qué podría decir de su existencia en Europa y particularmente en España, yo que nunca he salido de mi país. Entiéndase claro, que si no ahondo todo lo que debiera desearse en el tema, no es por falta de entusiasmo sino por una imposibilidad que de momento no puedo vencer. Tal vez algún día pueda iniciar una obra de revisionismo más exacta sobre don Carlos Pereyra, y seguir sin precipitaciones la huella de su paso por América y Europa.

Finalmente quiero advertir que no acepto esa posición crítica, que pretende juzgar a los hombres, emancipándolos del movimiento social en el cual actúan. Dentro de las limitaciones de la documentación que está en mis manos, aspiro a tratar a Pereyra en relación con el medio cultural, político y social que respiró. Es más, lanzo no pocas miradas retrospectivas hacia épocas anteriores a su tiempo, porque sólo así se puede explicar de una manera cabal, su conducta de hombre y de historiador frente a sus contemporáneos.